

CUANDO CERVANTES ESTUVO EN SABIOTE

(UN CUENTO QUE PUDO SER VERDAD)

El pregonero, de esquina en esquina, voceó por las calles de la villa el siguiente bando que fue colocado luego en la puerta de la Casa del Concejo:

En Sabiote, en el año del Señor de 1592 y día 30 de abril, sepan quantos bieren y ollerén como a benido el que dice ser y es Miguel de Cervantes y Saavedra, comisario del rey nuestro señor Felipe el segundo que Dios guarde, el cual para la Real Armada trae orden de retirar desta billa 3000 fanegas de trigo que pagará a 12 reales cada una, 4000 de cevada, a 6 reales y 1500 arrobas de aceite a 16 reales.

Lo que con conocimiento del señor corregidor Juan de Valencia y Andrade, firma el escribano del Concejo que suscribe Sebastián de Antolino.

Recibida que fue la noticia, como las cosechas habían sido malas y el precio ofrecido muy bajo, cundió el pánico entre los sabioteños, razón por la cual se reunió con urgencia el Concejo y se acordó que el corregidor, a fin de evitar al pueblo un año de escasez y hambre, se entrevistara cuanto necesario fuere con el comisario, así como que el alguacil mayor, Juan de Melgarejo, acompañara a éste el tiempo que estuviera en el pueblo.

Muy de mañana el alguacil se dirigió a la posada, y al encontrar a Cervantes sentado junto al ruedo de la lumbre, le dijo:

-Buenos y santos días tenga el señor comisario.

-Los mismos que yo deseo para el señor alguacil mayor, le contestó Cervantes. Por cierto, -añadió-, estaba pensando en que vuesa merced bien puede aclararme cuándo y cómo la madre Teresa de Jesús y el padre Juan de la Cruz estuvieron en esta villa.

-Sobre ello -contestó Melgarejo-, os puedo decir que las monjas del carmelo llegaron aquí pocos años ha, ya que lo hicieron en 1585, si bien en principio a la casa del alcaide Teruel en donde vivieron provisionalmente dos años, y que la madre Teresa de Jesús murió tres años antes de dicha llegada. Luego, con las obras a medio terminar, se trasladaron al actual convento en donde residen desde 1587. Pero dicha madre, cuando en 1575 fundó el de Beas, vino desde allí en burro y con poco acompañamiento para tratar sobre la fundación de éste con su amiga la señora de Sabiote doña María de Mendoza, viuda del primer señor y secretario de Carlos V don Francisco de los Cobos.

Respecto al padre Juan de la Cruz, yo pude verlo en muchas de las visitas que hizo a este pueblo por ser confesor de las carmelitas descalzas. Pero ya sabe su merced que el mismo murió en Úbeda ya ya para dos años, y que su cuerpo fue trasladado recientemente desde esta ciudad a la de Segovia seguido por un cortejo de frailes que, entre velas y cirios encendidos, no cesaban de entonar salmos y cánticos por su alma. Yo tuve ocasión de seguir el entierro hasta el convento de frailes carmelitas de La Peñuela, en Sierra Morena, y quedé impresionado.

En esto se acercó un joven moreno, espigado y desenvuelto en extremo a quien el alguacil dijo:

-¿Qué quiere de mí el señor Ginés de Pasamonte?

-Hablaros, dijo aquél con énfasis, porque es deber mío cuidar de mi fama y honra denunciando a los que me vilipendian.

-Hacedlo presto, pero mejor por escrito, le contestó el alguacil que ya conocía su desparpajo.

-Llamándoos Ginés, como el patrono de este pueblo, será sin duda porque sois de aquí, intervino Cervantes.

-Aquí nací, aunque mis padres vinieron de otras tierras. Mi apellido procede del rey de Perceforest, uno de los héroes de la primitiva caballería andante de la Tabla Redonda. Y dicho esto se marchó.

-Desenfadado es el muchacho, comentó el comisario.

-Y además, ladino, tuno, pícaro, travieso y holgazán, dijo Melgarejo. No será difícil que termine sus hazañas condenado a remar en las galeras de su majestad. Ahora, este Pasamonte, a quien aquí llamamos *Parapilla*, va de pueblo en pueblo con un mono que, según él dice, muestra su porvenir al que se lo pregunta y paga.

Como la villa comenzó a transformarse a raíz de ser nombrado Cobos señor de la misma, el corregidor invitó al comisario Cervantes a visitarla, y durante el recorrido le hizo saber que conocía su obra poética y literaria, principalmente la teatral, como *Los tratos de Argel* y *La Numancia*, así como la novela pastoril *La Galatea*. Después le habló sobre la imposibilidad de que Sabiote aportara el cupo asignado de cereales y aceite, ya que ello daría lugar a la ruina de todos. Mas el comisario se mantuvo inflexible y adujo que eran órdenes que necesariamente tenían que cumplirse. Así pues, sólo un milagro podría salvar al pueblo del hambre venidera.

Pero el milagro se produjo en la siguiente forma: Cervantes, que recibió un recado de la madre Leonor de Jesús, superiora del convento de carmelitas sabioteño suplicándole que la visitara, cumplió con gusto el requerimiento, y al llegar encontró a la comunidad reunida en el patio porticado. La monja, que era de hablar pausado, fina y delicada, pero firme y convincente, expuso directamente al comisario el objeto de su llamada, que no era otro que el de pedirle, en nombre de Dios, que dentro de sus posibilidades viera la forma de evitar al pueblo el grave problema que se le planteaba, si es que del mismo tenían que salir los cereales y el aceite que le eran exigidos. Después añadió:

-En estos tiempos, el desenfreno y el abuso de los fuertes sobre los débiles reina por doquier, pero no está lejos el día en que un caballero andante, sin miedo y sin tacha, recorra los campos y los pueblos favoreciendo a los menesterosos y desvalidos y persiguiendo con rigor a los tunantes y malandrines. Hoy, mi señor don Miguel, la comunidad y yo sabemos que tenéis órdenes que cumplir, pero evitad en la medida que podáis que las mismas traigan la pobreza a nuestro pueblo. Obrad, pues, como lo haría ese caballero.

-Que Dios guarde a vuestra reverencia y a esta comunidad. Y que este monasterio, con su bello templo y su hermoso coro, estén siempre abiertos al servicio de los fieles y del pueblo sabioteño, dijo Cervantes al despedirse con una profunda inclinación.

Y cuando salió del convento cabizbajo y pensativo, encontró en la puerta al alguacil Melgarejo, a quien manifestó:

-Debo ir a Úbeda con urgencia, pues aunque ya conozco sus famosos cerros, quiero ver la ciudad y algunos amigos que allí tengo, entre ellos el pintor Orbaneja y Melchor Ortega, el autor de *Felixmarte de Hircadia*, un libro de caballería que he de leer y que bien me puede servir para componer el que tengo *in mente* sobre un caballero que espero se parezca al que se ha referido la bendita superiora con la que acabo de hablar. Además, es posible que allí y en otros pueblos haga acopio de los productos que la Real Armada necesita y que no puede aportar Sabiote. Si no los consigo volveré por aquí, dijo sin convencimiento mientras miraba con ternura a varios niños que lo rodeaban, a la vez que en sus ojos pareció brillar una luz fugaz cuando se oyeron lejanos cánticos de gloria de las monjas del convento.

Al día siguiente, muy de mañana, se le vio salir de la posada montado sobre su caballo, pero a Sabiote nunca volvió.

Antonio RODRÍGUEZ ARANDA